

Gastón Julián Gil  
CONICET – Universidad Nacional de Mar del Plata  
[gasgil@mdp.edu.ar](mailto:gasgil@mdp.edu.ar)

*Ponencia a no ser incluida en el CD*

## **ENTRE ARCHIVOS, COLABORADORES Y EXPERTOS. HACIA UNA ETNOGRAFÍA DEL PASADO RECIENTE**

### **Introducción**

Los mismos que no dejarían de saludar como «valiente» o «lúcido» el trabajo de objetivación si se aplicara a grupos ajenos o adversos, sospecharán de los determinantes de la lucidez especial reivindicada por el analista de su propio grupo. El aprendiz de hechicero que se arriesga a interesarse en la hechicería nativa y en sus fetiches, en lugar de ir a buscar bajo lejanos trópicos los tranquilizadores sortilegios de una magia exótica, debe estar preparado para ver como se vuelve contra él la violencia que ha desencadenado.

Bourdieu, Pierre, *Homo academicus*

Una investigación antropológica sobre el pasado reciente obliga a poner en práctica una serie de variados recursos metodológicos que exceden con amplitud la ortodoxia disciplinar. En efecto, la posibilidad de desarrollar una etnografía sobre eventos pasados coloca al investigador frente al dilema de apelar a técnicas de recolección de datos más ligadas a otras disciplinas, como la historia, y a poner en práctica un trabajo de campo multidimensional en donde las categorías convencionales (como *casa* y *campo*) parecen perder relevancia. La investigación que se está llevando adelante no contiene mayoritariamente experiencias de campo convencionales que puedan reclamar de forma prioritaria la autoridad etnográfica experiencial del *aquí y ahora*. Por el contrario, se nutre en gran parte de los recuerdos de aquellos protagonistas que formaron parte de una experiencia universitaria (una carrera de antropología dictada en la Argentina entre 1969 y 1977) en un ámbito institucional preciso (la Universidad de Mar del Plata). En este caso además, se trata de una investigación que está vinculada con el pasado traumático de la Argentina, definido a partir del terrorismo de estado, más allá de que se refiera prioritariamente a antropólogos

cuyas trayectorias se pretende objetivar en complejos procesos que envuelven no sólo sus narrativas personales y profesionales. Como se detallará más adelante, si bien el trabajo de campo se desarrolla parcialmente en circunstancias convencionales, la mayoría de los datos se obtienen en contextos de investigación que se mezclan además con tareas del trabajo cotidiano que obligan a analizar de forma detallada las relaciones establecidas con los protagonistas de esas historias, interlocutores que pueden aparecer como informantes convencionales pero que también fluctúan entre los roles de comentaristas, saboteadores y hasta coautores. Por supuesto, estas líneas introductorias impactan contra otra problemática solidariamente unida: los criterios de clasificación del pasado (Visacovsky, 2007). Sea reciente, próximo, familiar, contemporáneo, cercano, ello remite a las operaciones taxonómicas de la historiografía y a cierta naturalización acerca de un supuesto corte tajante entre *lo pasado* (tomado como *efectivamente pasado*) y el presente. Por ello, si partimos de una noción de pasado (reciente) como una *categoría híbrida* (Ibíd.), es necesario admitir que “dentro de nuestras aparentemente seguras y confiables concepciones del tiempo, hay todavía lugar para la controversia clasificatoria” (Ibíd.: 279). Y aunque el carácter actual del “pasado” sea un rasgo indeleble de cualquier contexto histórico, nos enfrentamos en este caso a “un pasado en permanente proceso de «actualización» y que, por lo tanto, interviene en las proyecciones a futuro elaboradas por sujetos y comunidades” (Franco & Levín, 2007: 31). Porque esos relatos está atravesados por la propia historia política de un país que, convulsionado por los sueños de revolución nunca concretados, se encaminó hacia un callejón en el que la represión de estado desbarató sueños personales y colectivos y, en este caso, afectó notoriamente el desarrollo de una disciplina científica como la antropología. Como sostiene Altamirano, “en ningún caso el trabajo de interpretación histórica –la historia de los historiadores, digamos así- halla como éste la rivalidad de las construcciones de la memoria y del uso público del pasado” (2008: 17). La problemática de la memoria se hace aquí relevante, porque se trata de “un proceso inherente a la existencia misma de los conjuntos sociales” (Visacovsky, 2004), a partir de lo cual resulta esencial la consideración de “dos aspectos básicos: *los procedimientos interpretativos y sus condiciones sociales de producción y uso*” (Ibíd.: 135). Esto nos lleva a la búsqueda antropológica por excelencia: dar cuenta del *punto de vista del nativo*. Es decir, a través de determinados recursos metodológicos y con las herramientas analíticas precisas, se intenta poner en escena las representaciones de los actores sociales estudiados, en este caso las concepciones nativas referidas a la selección de los hechos recordados que, en definitiva, los constituyen como un discurso con vida y fuerza propia.

## Las herramientas sobre el terreno

Claramente, el recurso de la entrevista aparece como una herramienta metodológica clave en el abordaje etnográfico del pasado reciente. De ese modo, es posible delimitar un universo de informantes vinculados de la manera más directa posible con el recorte analítico de la investigación y concebir una práctica etnográfica sustentada en la colección de narrativas. El trabajo etnográfico siempre ha estado caracterizado por una alta dimensión narrativa, tanto en la exposición textual del antropólogo como en el tipo de datos recolectados sobre el terreno. Nuestros interlocutores tienen historias para contar, y en los momentos oportunos esas historias fluyen y componen un material etnográfico indispensable. El trabajo de campo nos enfrenta permanentemente a relatos que habitualmente tendemos a naturalizar sin prestar especial atención a su carácter pragmático. Es decir, nuestros interlocutores nos cuentan historias, que pueden ser relatos biográficos (propios y ajenos), narrativas alegóricas, clichés narrativos, recuerdos fragmentados, argumentos, metáforas, informaciones, descripciones, todo dentro de esa compleja trama de “desencuentros” (Clifford, 1995) que en ocasiones es el trabajo de campo. Así, pueden tratarse de relatos de carácter poético, plagados de figuras retóricas que evocan poderosas imágenes mentales que, en casos como este pasado trágico de la Argentina, pueden derivar en complejas estilizaciones<sup>1</sup>. A partir de ellas, fluyen mitos, arquetipos y reconstrucciones de época que dan cuenta de las concepciones nativas sobre el pasado que se formulan desde el presente. Esas narrativas pueden además ordenarse en un dispositivo argumentativo, a través del cual los interlocutores no sólo despliegan sus puntos de vista y apreciaciones conceptuales sobre el pasado en cuestión, sino que pueden intentar convencer a un investigador que también puede ser transformado él mismo en un objeto de reflexión por sus nativos. En ciertas circunstancias, los nativos consiguen ubicar rápidamente al investigador dentro de sus propios esquemas clasificatorios (sobre todo en lo ideológico) y pueden establecer una relación en términos de discusiones político-ideológicas. En la misma sintonía, Peacock y Holland proponen una manera específica de encuadrar las historias de vida, que se modifican de acuerdo con las circunstancias y el contexto en que se

---

<sup>1</sup>. En su cuestionamiento al discurso oficial en torno al terrorismo de estado, Altamirano la califica como “la más elemental y sobrevuela toda complicación respecto del pasado” (2007: 33), dado que “la interpretación que el gobierno transmite estiliza la militancia de los años setenta y borra, por medio de esa estilización, no sólo a los partidos armados de la época, sino la guerra intestina dentro del peronismo, la Triple A, en fin, todo aquello que fue degradando la vida pública nacional antes del golpe de Estado” (Ibíd.: 33).

cuentan, ya que el sujeto nunca desaparece en el discurso. De este modo, además de considerar a las historias de vida como fuentes de datos (como lo hace la historia oral en su aproximación *factual*) se plantea la posibilidad de utilizar un enfoque *subjetivo*, es decir, tomar a las narrativas que emanan del sujeto como una proyección de sus dinámicas y disposiciones psicológicas. De este modo, “la narración es sólo un dato relevante para aprender acerca de la realidad, y lo que pueda tener de significativa la narración en sí misma es secundario a la realidad externa” (Peacock y Holland, 1993: 369). Existen además otros modos de entender las historias de vida, como el enfoque *procesual*, que considera las narraciones como datos primarios de procesos sociales y psicológicos. Y también la visión *hermenéutica*, que concibe a las historias de vida como productos de encuentros, como una co-construcción, entre quien quiere conocer y quien da a conocer sus relatos sobre el pasado. De este modo, más que tomar a las narrativas como secuencias cronológicas de hechos verdaderos resulta prioritario analizar las perspectivas (actitudes, valores, creencias) de quien relata en su inmediato “escenario narrativo, histórico y social” (Gee, 1991: 20).

El trabajo con informantes trae una serie de inconvenientes que han sido reconocidos por la antropología desde hace tiempo (Hermitte, 2002) y que se sobredimensionan cuando se establecen estos vínculos de investigación con sujetos “expertos” o incluso militantes orgánicos (derechos humanos, partidos políticos). Claro está que toda información proporcionada al investigador puede ser *distorsionada* para influir en el producto de trabajo, como también ser *dramatizada*, sobre todo por parte de reformadores que pretenden *denunciar* aspectos y *cambiar* la sociedad. La manipulación por parte de los informantes puede cobrar la forma de la *negación* a proporcionar cierta información, o incluso de *racionalización* (y, por ende, *ocultamiento*) de ciertas formas de conducta que son públicamente inaceptables, o hasta que *falseen* la información para servir a metas personales. También puede darse el caso de que los informantes estén habituados al trabajo del antropólogo y preparen lo que desean transmitirle al investigador. Aunque, como ya se ha destacado, cualquier investigación etnográfica corre estos riesgos, el trabajo sobre un pasado reciente traumático los hace aun más evidentes, dada las continuas luchas e intentos explícitos de imponer un *régimen de memoria* (Crenzel, 2008). Por ello, más que entrevistas como indican los manuales de metodología, estos encuentros dialógicos –y en ocasiones polifónicos- pueden transformarse en discusiones (amigables y no tanto), debates teóricos y políticos sobre nuestro pasado, que hacen aflorar las categorías nativas fundamentales de la racionalidad de nuestros sujetos de estudio. En esta negociación, en el *toma y daca* (Clifford, 1995) que implica el trabajo de campo, las categorías nativas van fluyendo como marcas

indelebles de los sistemas de representaciones de nuestros informantes, y muchas veces se aplican al propio investigador que, cuando asume una postura contraria a la de sus interlocutores, pueden ser estigmatizado, cuestionado o *chicaneado* por sujetos que también nos estudian y formulan reflexiones sobre nuestra tarea, los alcances de la investigaciones y nuestras aptitudes morales para permanecer en el campo. En efecto, el investigador es puesto a prueba permanentemente por sus sujetos de estudio, quienes miden –sobre todo al principio de la investigación- si es un sujeto digno de confianza, si no es sujeto peligroso que, como indicó una frustrado informante, quiera “sacar los trapitos al sol”. El trabajo con informantes, -que, como se verá, son mucho más que eso- no sólo se realiza en situaciones convencionales de entrevistas, sino en contextos de mucha mayor informalidad generados en ocasiones de forma aleatoria.

Las características salientes de cualquier antropología “en casa” (Strathern, 1987; Archetti, 1999) provoca que los contextos de investigación difuminen completamente las categorías de casa/campo o nativo/outsider (Motzafi-Haller, 1997), tan caros a la ortodoxia antropológica. Al no establecer un corte temporal y geográfico en la experiencia etnográfica, el investigador nativo se enfrenta a la sensación de estar haciendo trabajo de campo todo el tiempo, desarrollando eventualmente una “frecuentación profunda” (Clifford, 1999). Así, un programa de televisión, una reunión social o cualquier otro encuentro casual (cumpleaños, paseos, etc.) pueden transformarse en experiencias de campo sumamente valiosas, mucho más que en las situaciones convencionales de entrevista. El campo está repleto de historias para ser contadas. Se trata de ir a buscarlas, de establecer los vínculos propicios para que esas narrativas fluyan y se puedan incorporar a una investigación. Y así, “en la corriente búsqueda de voces auténticas, es importante reconocer la existencia de múltiples voces nativas, coloreadas por la posición social, su ubicación y su género” (Reed-Danahay, 1997b: 142). En el trabajo de campo se establecen vínculos en los que se genera una confusión en la que los límites entre ser “nativo” y ser “extraño” se presentan de manera difusa y contradictoria a cada momento. Por eso, para intentar superar esas zonas grises se hace necesario generar las situaciones para acceder a las competencias metacomunicacionales de los interlocutores y así poder definir con precisión las distintas situaciones comunicacionales, los contextos adecuados para la proliferación de historias, las relaciones de jerarquía y de poder y las diversas instancias de producción de sentido. Lo importante es apelar a collages de testimonios, abordados como textos interculturales, no para pretender lograr mayor

autenticidad sino para proponer miradas distintas que permitan romper con la dicotomía del status de ser *insider* o *outsider* (Warren, 1997)<sup>2</sup>.

Junto con estas labores etnográficas dialógicas, el estudio del pasado reciente necesita de un intenso trabajo de archivo, de manera particular resulta prioritario el acceso a los distintos actos administrativos de la Universidad de Mar del Plata. La ortodoxia disciplinar ha excluido a los archivos y a otras fuentes escritas como espacios de búsqueda etnográfica a causa de la supuesta pobreza narrativa y etnográfica, la aparente artificialidad, la tendencia a ocultar las voces ausentes, y también por el carácter oficial. Pese a ello, Archetti se ha referido a la importancia de trabajar sobre diversas fuentes escritas, materiales documentales y relatos ficcionales, incluidos algunos de ellos en “grandes tradiciones” (1994: 11), en especial en los mundos contemporáneos. Además, el trabajo etnográfico con archivos remite a otras épocas de la antropología (de sillón) o a otras disciplinas (la historia), lo que de alguna manera sería la antítesis del verdadero trabajo de campo (Gomes da Cunha, 2004). Sin embargo, el trabajo sobre archivos que se encuentran en diverso estado de organización, con marcadas dificultades para acceder a ellos, implica una labor etnográfica tan rica como compleja. Más allá del extrañamiento propio de relacionarse con las lógicas institucionales de una universidad como la de Mar del Plata, el contacto con los documentos oficiales de una casa de estudio nos enfrenta a un material empírico tan valioso como insustituible. Gomes da Cunha define a los archivos como “un sistema de enunciados, verdades parciales, interpretaciones construidas histórica y culturalmente constituidas –sujetas a lecturas y nuevas interpretaciones” (Ibíd.: 292). Por ello, también puede coincidir en que los archivos remiten a formas de “seleccionar, ordenar y acumular documentos y testimonios, de dejar improntas en un lugar material (estantes, cajones, salas, exposiciones) en el que se guardan papeles, sellos, fotografías y otros objetos, dispuestos como un concentrado o condensación de la memoria del Estado, de una institución, grupo o individuo” (Da Silva Catela, 2002: 20). Por definición, los archivos de las instituciones del Estado, como lo son las universidades nacionales, son públicos. Sin embargo, para acceder a ellos deben penetrarse algunos

---

<sup>2</sup>. Motzafi-Haller (1997) descarta la utilidad de mantener antinomias tales como nativo-extraño tan comunes en el análisis antropológico. Esta autora, mediante la confrontación de sus experiencias como antropóloga “en casa” en Israel y como *outsider* en el sur de África, demuestra que las categorías de nativo o extraño son superfluas y confusas, dado que “todos somos, investigadores y sujetos, productos de nuestra historia y cultura” (Ibíd. 217) por lo que, por ejemplo, las situaciones experimentadas de opresión llevan a escribir de manera crítica y poner en escena el compromiso social y político con respecto al “objeto”. Entonces, no tendría sentido -de acuerdo con esta perspectiva- discutir la mayor legitimidad o no del antropólogo “nativo”, sino las conexiones entre la posición social e histórica del investigador y el tipo de agenda de investigación y la manera en que utiliza sus fundamentos teóricos. De esta manera importaría más el compromiso social del investigador “nativo” antes que su origen.

vericuetos administrativos, conseguir las autorizaciones sin saber en algunos casos quiénes son aquellos que tienen la potestad de abrir o cerrar esos caminos de investigación. Como en el magnífico *Ante la ley*, de Franz Kafka, el hombre común depende de los guardianes para ser admitido dentro de los cuerpos legales y debe armarse de una paciencia lo suficientemente flexible como para, incluso, jamás ser aceptado. Pero una vez que se traspasan esas barreras administrativas y se consigue la autorización formal, el investigador debe interactuar con los actores que son los que efectivamente permitirán, o no, realizar el trabajo de documentación del modo previsto, esto es, los empleados de esas oficinas vinculadas con estos acervos documentales. En general, estos empleados están muy poco habituados a que esos documentos sean consultados y los primeros contactos están repletos de sorpresa, incomodidad y hasta, en algunos casos, desconfianza. Además, las oficinas públicas en las que se encuentran esos archivos tampoco están preparadas para que un agente externo utilice ese material y la llegada del investigador no hace más que traer incomodidad a empleados que sufren cotidianamente la falta de espacio. De cualquier manera, una vez que el “intruso” se transforma en una *mal necesario*, esas mismas personas que reciben apesadumbrados la presencia del investigador, terminan convirtiéndose en perfectos intermediarios para sortear otro tipo de trabas administrativas, consiguiendo un pasaje rápido en zonas antes vedadas. Son ellos los que resuelven dudas, los que nos guían en nuestros criterios de búsqueda y nos alertan acerca de la existencia de documentación que no habíamos previsto. Además, la presencia cotidiana del investigador lleva a establecer incluso relaciones amistosas con esos empleados, se involucren estos o no en la lógica de la investigación que se lleva adelante.

Afortunadamente, la universidad ha conservado en muy buen estado los documentos originales, pese a que algunos de ellos se encontraban en lugares insólitos. En ese sentido, como señala Jelin, “en el camino entre los papeles y documentos del presente y el archivo para la historia hay órganos y poderes que tienen en sus manos la decisión de qué guardar y qué destruir, basándose en consideraciones de lo que es «importante» o tiene «valor» o en la intención de no dejar rastros «comprometedores» ligados a algo que no se quiere que la posteridad se entere” (2002: 2). Estos materiales permiten además una estrecha interacción con los informantes, quienes a través de esos documentos pueden ejercitar la memoria, recuperar expresamente episodios y personajes olvidados. En ese contacto con los documentos crudos que dan cuenta de algunas “verdades históricas” y las reformulaciones de la propia memoria de los protagonistas surgen aspectos centrales y profundos de un período histórico ya de por sí complejo, “caótico”, repleto de asuntos polémicos y a veces difíciles de encontrar. Los archivos son efectivamente el resultado de una serie de intervenciones técnicas

y “actividades supuestamente *naturales* de clasificación, ordenación e institución de marcadores temáticos y cronológicos” (Gomes da Cunha, 2004: 289). Los archivos, como formas que el Estado utiliza para cristalizar y clasificar el conocimiento transforman en accesible a una parte del pasado para las futuras generaciones (Dirks, 2001), y cada vez más la antropología dirige su interés hacia este tipo de fuentes documentales diversas (Da Silva Catela, 2007). Aunque no necesariamente guarden secretos, incluyen marcas, señales, inscripciones, indicios que exigen una compleja tarea interpretativa. Además, al involucrar múltiples temporalidades que inscriben eventos estructurados “se transforman entonces en territorios donde la *historia* no se busca sino que se contesta” (Gomes da Cunha, 2004: 291). Comaroff & Comaroff (1992) consideran que los archivos son dialógicos, en términos bakhtinianos, destacando la capacidad de combinar géneros y dar lugar a voces variadas y a una heteroglosia histórica y cultural, además de que permiten observar las fracturas en grupos que en principios parecen ser homogéneos. De ese modo:

“una etnografía histórica, entonces, puede comenzar al construir su propio archivo. No puede contenerse con cánones establecidos de evidencia documental, porque son en sí mismos parte de la cultura del modernismo global –tanto el sujeto como el medio de búsqueda. Como antropólogos, entonces, debemos trabajar tanto dentro como fuera de los registros oficiales, tanto con y más allá de los guardianes de la memoria en las sociedades que estudiamos” (Ibíd.: 34).

A medida que se avanza en la búsqueda de esos archivos se van descubriendo puntas de investigación, las hipótesis previas se despedazan ante la evidencia irrefutable y la investigación adquiere su propio ritmo y camino. Como suele ocurrir en cualquier investigación antropológica el terreno puede guiarnos en nuestras búsquedas, nos coloca límites y tiene la capacidad de enseñarnos la complejidad del mundo social. Si bien el objetivo de esta investigación no está dirigido a establecer una “historia verdadera” sobre lo que de manera muy preliminar podemos denominar “la antropología de Mar del Plata”, la apelación a los hechos históricos se hace estrictamente necesaria para confrontarlos (no en el sentido de oponerlos) con las narrativas de los propios actores que recuerdan y que protagonizaron una época tan compleja como rica y a la vez trágica y frustrante. En efecto, es posible dialogar con esos documentos, encontrar alteridades, posicionamientos discursivos e ideológicos, descubrir voces aparentemente ocultas y por supuesto realizar hallazgos empíricos relevantes que pueden cambiar los objetivos de una investigación.

### **Más apuntes reflexivos**



En este paper se hace necesario plantear conceptualizaciones acerca de las características del trabajo de campo, la relación con los sujetos de estudio y ciertas cuestiones generales del conocimiento antropológico. La apelación a estos aspectos de la reflexividad no está dirigida a alimentar algunas tendencias narcisistas del postmodernismo, sino que el objetivo fundamental, radica en aprovechar los entretelones de la experiencia etnográfica para aspirar así a un mejor conocimiento de esos “otros” que se busca comprender. En concreto, la reflexividad no se utiliza aquí como una excusa para realizar una antropología autorreferencial ni para caer en los vicios posmodernos de cuestionar la validez de la autoridad etnográfica y el conocimiento proporcionado por el investigador. La reflexividad se toma como un punto de partida para el análisis de la manera en que los datos son recolectados en el campo y los modos en que la presencia del investigador en el terreno condiciona la obtención del material empírico. En ese marco, los procesos de recepción por parte de los nativos deben considerarse como una parte constitutiva de la investigación de campo. La llamada antropología “en casa” introduce al investigador en el problema de la continuidad cultural entre lo que él mismo produce y lo que producen sus “objetos” de estudio. Esta situación se entrelaza con una labor por demás ardua para cualquier antropólogo: explicarle a los informantes qué es exactamente lo que hacemos, cuáles son nuestros objetivos y qué buscamos con nuestro trabajo. De esta forma, los textos antropológicos pueden pasar a ser discutidos por los mismos sujetos de los cuales se está hablando. Esta continuidad cultural hace que algunos actores se consideren expertos a sí mismos y condenen cualquier pretensión ajena de hablar sobre ellos cuando no se reproducen los discursos de sentido común que se utilizan para explicar las acciones propias. En referencia a esta problemática, Paerregaard (2002) señala que la esencialización del etnógrafo hace que algunas de nuestras posibilidades en el campo se limiten. Los nativos pueden construirnos como una amenaza e incluso sentir incomodidad y temor por nuestra presencia, como también lo contrario. En oposición a los sentimientos de temor, intimidación y ansiedad -que suelen provocar efectos paralizantes en el etnógrafo- los nativos también pueden intentar cooptar y manipular al etnógrafo según objetivos personales y grupales, desarrollando la seducción etnográfica (Robben 1995), concretada en el marco de pedidos de colaboración e incluso de complicidad. La seducción etnográfica es el intento de manipulación del etnógrafo, que puede verse envuelto en una competencia entre facciones por imponer su verdad, su versión sobre los hechos a partir de estrategias variadas tales como la persuasión o la conciliación para ganar el favor del etnógrafo.

Como sostiene Van Mannen (1988) las etnografías se escriben teniendo en mente audiencias específicas que se apoyan en las competencias, expectativas y actitudes que se supone que nuestros lectores tienen. En general, la audiencia principal de nuestros productos etnográficos está formada por los expertos (colegas, profesores, referentes de la disciplina), lectores generales de antropología, lectores de otras ciencias sociales (por ejemplo, historiadores y sociólogos), los estudiantes de la disciplina, la audiencia masiva y, por supuesto, los nativos, los sujetos de estudios que pueden estar en condiciones de acceder a ese material producido e, incluso, discutirlo. Este último es probablemente uno de los desafíos más importantes para la antropología, en especial para una disciplina poco acostumbrada a sufrir los controles de los nativos. Favorecer una apertura textual de las etnografías coloca a los autores ante riesgos y severos controles por parte de la audiencia. Junto a ello, crece la posibilidad de que aparezcan tergiversaciones, malos entendidos y hasta interpretaciones tendenciosas y malintencionadas (cuestión de la que no están exentas tampoco las lecturas “académicas”). Por ello, la “popularización” de los textos etnográficos, en su acepción no peyorativa, implica un verdadero desafío para cualquier cientista social que entienda que la simplicidad en la exposición no se opone a la profundidad en el análisis. En ese sentido, Glazier (1993) sostiene que los textos antropológicos tienen la capacidad –como cualquier otro discurso- de alcanzar audiencias inesperadas y asumir significados no anticipados en lugares no planeados, por lo que aboga por considerar esos impactos en recepción como una parte integral del mismo proceso de investigación. Todas estas circunstancias, algunas planeadas y otras coyunturales, favorecen de un modo puntual el desarrollo de una *antropología pública*, definida por Lassiter (2005) como una superación de la antropología aplicada y el activismo político. Esta clase de antropología permite entonces el desarrollo de una *etnografía colaborativa*, que postula una estrecha colaboración entre el investigador y los sujetos de estudio en la producción de los textos etnográficos, contemplando también la posibilidad de trasladar esa colaboración incluso al proceso de escritura. El mismo Lassiter (Ibíd.) es partidario de involucrar a los informantes de la forma más directa posible, con la coautoría como punto máximo de colaboración entre informantes e investigador. En esta sintonía, la propia historia de la antropología cultural norteamericana no puede desligarse de esta colaboración estrecha entre el investigador y el informante y/o intérprete. El caso de Franz Boas y el nativo kwakiutl George Hunt -quien llegó a firmar en colaboración algunos artículos-, o la relación de Lewis H. Morgan con diversos organismos gubernamentales y no gubernamentales (en especial el Bureau de Etnología Norteamericana) constituyen claras muestras de que estamos en presencia de procesos que son constitutivos del conocimiento

antropológico y que no son descubrimientos postmodernos o feministas. También en el contexto francés, dos autores utilizaron entre 1920 y 1930 este recurso dialógico de manera explícita: Marcel Griaule y Maurice Leenhardt. Griaule, en consonancia con la tradición francesa de trabajo de campo con escaso número de informantes plasmó, en *Dieu d'eau*, magistralmente las posibilidades que brinda una interacción tan fluida con un nativo calificado de los dogon (Mali), a través de sus conversaciones con Ogotemeli. Aunque quedó excluido de la genealogía oficial de la antropología francesa, el misionero protestante Maurice Leenhardt (1878-1954), a partir de sus más de 20 años entre los canacos de Nueva Caledonia, trabajó sistemáticamente con estos informantes calificados, a los que denominó *transcriptores*. Esta característica de dialogar con actores sociales con nombres propios y caracteres personales distintivos, junto con sus severas críticas hacia el sistema colonial, constituyen toda una marca de estilo que se anticipó notoriamente a su época (Viola Recasens, 1987).

Lassiter (2005) aboga por una verdadera *etnografía colaborativa*, que cuando se encara con seriedad es mucho más que un reconocimiento burocrático, que una mera representación del diálogo, sino una colaboración multidimensional que involucra directamente a los públicos con los que tratamos. Del mismo modo, el desarrollo de las nuevas tecnologías de información y comunicación, particularmente internet, facilita en gran medida los intercambios entre los investigadores y el público, favoreciendo la relevancia de un género etnográfico como el comentario. A través de esos soportes informáticos, los nativos allí tienen la posibilidad de leer y expresarse, lo cual enriquece mucho la tarea del etnógrafo. Fabian (2002) considera que se trata de una situación completamente nueva que conlleva un cambio radical de los documentos etnográficos, al plantear modificaciones en el acceso que además pueden afectar notoriamente la escritura etnográfica. El mismo autor entiende que de este modo se reconfiguran las posiciones de autoría y audiencia, con lo que se modifican las formas de escribir. En ese sentido “el significado de los comentarios como un género descansaría en su capacidad de darle forma literaria a aspectos de la escritura etnográfica que en el pasado habían tenido que permanecer como subliterarios, principalmente a causa de las limitaciones prácticas y gráficas que ya no se aplican en el medio electrónico de Internet” (Ibíd.: 778). Esto desafía por supuesto la autoridad etnográfica y pone en crisis cierta noción de fundamentalismo textual que rodea la etnografía.

### **Entre colaboradores y saboteadores**

Varias personas, sin haberlo planificado, terminaron ocupando el papel de informantes y, sobre todo, colaboradores. En algunos otros casos, la colaboración de los nativos-expertos permite incluso hacer referencia a un proceso de coautoría. Cecilia, por ejemplo, además de ofrecerme su disponibilidad plena para hablar de los setenta me acompañó en todos los pasos de investigación, proveyéndome material, ayudándome en las búsquedas en archivos, señalándome nombres relevantes en esos procesos que aparecían en los archivos y que yo desconocía, contactándome con nuevos informantes, sugiriendo hipótesis de trabajo y líneas de investigación, publicitando mis hallazgos y hasta defendiendo la pertinencia de la investigación. No fue el único caso por supuesto. Otra de sus antiguas compañeras, Alcira, también fue una colaboradora plena e incluso me realizó sugerencias analíticas que aproveché. Ella tampoco se privó de sostener la legitimidad de mi trabajo cada vez que fue cuestionado y sigue siendo –al igual que Cecilia- parte activa de esta investigación en curso, en la medida que su memoria –como también la de otros informantes- va recuperando episodios, relaciones y procesos que pueden llegar a interesarme para seguir profundizando en una las etapas más complejas y fascinantes de la historia política argentina. Otros “históricos” –algunos residen fuera de Mar del Plata- también prestaron una colaboración plena, tanto en mis primeros acercamientos vía correo electrónico como en el momento de las entrevistas, de igual modo que los profesores, la mayoría de ellos hoy actores relevantes del campo antropológico argentino. En ese sentido, los momentos de entrevista con aquellos interlocutores bien dispuestos han sido experiencias fascinantes, dignas de ser investigadas desde muchas perspectivas y disciplinas. Las maneras en que los rostros y las miradas iban modificándose a medida que los recuerdos aflúan, que aparecían nombres ya olvidados –algunos recuperados por mí desde los archivos- momentos alegres y otros trágicos, permitió comenzar a comprender la enorme complejidad y ambigüedad de una época de sueños de revolución nunca concretados, de consecuencias personales y colectivas trágicas, de pérdidas irreparables, pero también de alegrías, de frivolidades y de traiciones. La mención de nombres que hacía décadas no escuchaban y que creían haber expulsado de sus recuerdos (por ejemplo, algunos profesores que preferirían haber olvidado) o la narración de sucesos más o menos gratos y de otros de carácter trágico (en especial alumnos y compañeros desaparecidos) transforman a la labor del etnógrafo en una búsqueda de balancear cuidadosamente las propias inquietudes conceptuales y empíricas con los sentimientos, conflictos internos y hasta necesidades de ejercer catarsis de muchos testigos de época. Ha sido por demás habitual que ciertas reticencias iniciales -en general adjudicadas a la falta de tiempo para destinarle a una entrevista antropológica- se transformaran en invitaciones a seguir conversando en el futuro y,

de un modo muy especial, en un deseo de acceder a los futuros resultados de la investigación. Estimo que más por curiosidad que por temor a lo que pueda publicarse –y mucho menos como amenaza- unos de esos profesores, al darse cuenta de las historias que me había confiado me preguntó: ¿qué vas a hacer con todo esto?”.

Visacovsky (2005) ha reflexionado acerca de los avatares en recepción cuando el investigador escribe sobre cuestiones que tocan profundamente la sensibilidad de las personas, sus “fibras íntimas”. Basándose en Malinowski (1998), este autor analiza las “historias sagradas” que, equiparadas a los mitos primitivos, constituyen relatos vivos de un alto contenido moral que tienen la capacidad inclusive de controlar nuestra conducta. En efecto, en su caso –las memorias sobre *El Lanús*, un famoso servicio de psiquiatría en la Argentina- como en el propio, se trata de historias con un alto grado de mistificación, sumamente significativas para muchos actores que no tienen intenciones de reabrir las. Ambas historias están además cruzadas por las memorias del terrorismo de estado. Por ello, es importante cuestionarse el modo en que el trabajo del etnógrafo irrumpe en un determinado orden moral y al tratar con “historias sagradas” enfrenta un “acto de secularización y desencantamiento podría ser leído más propiamente como un cuestionamiento a sus vidas, sus trayectorias o sus instituciones” (2005: 278-9). En el caso concreto de esta investigación, tampoco es un campo sencillo ya que, entre otras cosas está repleto de sabotajes. Muchos protagonistas, que son colegas y que en ocasiones se sienten competidores, se niegan a hablar, otros incluso llegan a poner en duda la pertinencia epistemológica y hasta moral de desarrollar una investigación de estas características. El sabotaje por parte de los algunos nativos es un asunto de vital importancia para el trabajo etnográfico, en especial en los mundos contemporáneos en los que el etnógrafo puede encontrar a nativos como expertos, o diferentes sujetos que pretenden alcanzar ese rango. Claro está que no se trata de un tema nuevo para la antropología, aunque no haya sido analizado explícitamente por los clásicos. En ese sentido, las menciones de Evans-Pritchard acerca de la actitud de los nuer “que frustran toda clase de esfuerzos para deducir los hechos más simples y para aclarar las prácticas más inocentes” (1997: 24-5) en comparación con la plena predisposición de los azande, constituye una referencia ineludible. Así como algunos “históricos” de aquella carrera de antropología de la década del setenta se dedicaron en algunos casos a cuestionar y sabotear la investigación, otros dieron muestras de colaboración prácticamente incondicional. Los recursos explicativos utilizados para rechazar la propuesta de ser colocados como informantes variaron según las épocas y los interlocutores circunstanciales, aunque con el transcurrir de la investigación, algunos de aquellos “protagonistas” que se negaban a recordar, pidieron ser incluidos entre

los entrevistados. Esta “vigilancia ejercida con respecto al pasado” (Visacovsky, 2005: 294) transformaba entonces mi investigación en un peligro evidente al estar planteada la posibilidad de instituir una versión propia sobre los setenta, dado que “la fe en las versiones depende de estas reglas o marcos de plausibilidad pública; por lo tanto, los agentes deben no sólo postular interpretaciones que sirvan a sus intereses presentes, sino también hacerlas admisibles” (Ibíd.: 300).

Aunque no estoy en condiciones de prever el impacto que mis escritos –ya algunos en vías de publicación- sobre la carrera de antropología de Mar del Plata tendrán en muchos de ellos, estas “historias sagradas” que se analizan parecen estar destinadas a provocar sensaciones encontradas, casi con seguridad gran parte de ellas sumamente adversas. Sin embargo, coincido plenamente en que “este camino no es necesariamente el del observador frío e imparcial, *voyeurista* solidario con otros *voyeuristas* lectores; es el camino de quien, sintiendo el temor que acarrea comprender el valor y la importancia de las «historias sagradas» propias y ajenas, no esquivo el desafío de escribir sobre ellas, aunque conozca sus posibles consecuencias” (Visacovsky, 2005: 309). Esto último enfrenta al etnógrafo a la dificultad de representar esa complejidad bajo el riesgo de ser acusado de frivolar procesos de sufrimiento colectivo y caer en etiquetas tales como “reaccionario” o “cómplice de la derecha”. De ahí que se dude en transcribir testimonios que no son “políticamente correctos” de informantes que, decididos a escaparle a los lugares comunes de los ejercicios de memoria, plantean confesiones como ésta: “..Y... Si en aquella época no venías de militar en un barrio, eras un boludo”. Esta investigación obliga a tomar entonces una serie de recaudos especiales teniendo en cuenta los procesos de recepción de diversos públicos (el campo académico, las organizaciones de derechos humanos, organismos oficiales) y eventuales represalias por el contenido de los artículos. Ocurre que los setenta y la represión ilegal de Estado constituyen una temática de plena vigencia en la opinión pública y suele ser abordada desde posiciones que no admiten lecturas matizadas que den cuenta de las ambivalencias de ciertos procesos históricos y de la enorme complejidad de una época que no se puede explicar por la existencia de *dos demonios*, pero tampoco de uno sólo. En la Argentina, no parece haber más de tres opciones posibles que reproducir la *teoría de los dos demonios*, elaborar una defensa del accionar represivo del Proceso Militar o realizar una apología de las organizaciones político-militares y de otras formas de militancia social y política ligadas directa o indirectamente con aquéllas. Esto plantea seriamente el dilema de enfrentarse a un campo tan polémico y que roza tantas susceptibilidades como el de la memoria colectiva en la Argentina en cuanto al riesgo de dejar de ser un ciudadano “aceptable” (Ibíd.) y caer en acusaciones con una carga

moral degradante, asociándolo con los enemigos de siempre (los *fachos*, por ejemplo). Esta investigación toca ideologías e identidades importantes, en las que como en *el Lanus* “fue construida a partir del recuerdo de actos trágicos entrelazados con el pasado nacional, como si fuese un episodio de la memoria sobre el terrorismo de Estado” (Ibíd.: 288). También la carrera de antropología tiene sus desaparecidos, sus exiliados, sus muertos durante la represión, y sus sobrevivientes.

## **Conclusiones**

El pasado reciente, sobre todo cuando involucra temáticas de alta conflictividad social, enfrenta al investigador a una serie de tareas y reflexiones que habitualmente no se presentan frente a “objetos” más convencionales. En este caso, las décadas del sesenta y del setenta y la historia del campo disciplinar al que pertenece el investigador, derivan en una serie de situaciones expresamente (y otras potenciales) conflictivas que obligan a tomar recaudos precisos en los procesos de recepción por parte de los “nativos”. Lejos de ser una problemática que se vincule exclusivamente con la práctica antropológica, toda aproximación disciplinar a esta clase de “objetivos conflictivos” estimula la necesidad de aplicar enfoques reflexivos que permitan una adecuada comprensión de las situaciones planteadas en el campo. Desde una aparente apromática etnografía de archivos hasta la interacción estrecha con “nativos” que pueden fluctuar en sus roles de saboteadores o coautores, se han intentado plantear y analizar en este artículo las principales problemáticas de una investigación etnográfica multidimensional que atenta contra un importante número de dogmas de la ortodoxia disciplinar. Esta antropología histórica “en casa”, encuentra además una serie de vínculos con otras tradiciones disciplinares, de las cuales se nutre para intentar elaborar de una mejor manera sus herramientas teóricas y metodológicas, pero que también discute con ellas. De esa manera, la reflexividad se postula como una instancia necesaria para pensar los avatares del trabajo de campo, pero también como una herramienta analítica más para encontrar y descifrar las categorías nativas en el campo y acceder de esa forma a un mejor diálogo con las categorías analíticas utilizadas.

## **Bibliografía**

- Altamirano, Carlos (2008) "Pasado presente". En C. Lida; H. Crespo & P. Yankelevich (comps.) *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*, Buenos Aires, FCE. 2008.
- Archetti, Eduardo (1999) *Masculinities. Football, Polo and the Tango in Argentina*, Oxford-New York: Berg.
- Clifford, James (1995) *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*. Barcelona: Gedisa.
- Clifford, James (1999) *Itinerarios transculturales*, Barcelona: Gedisa.
- Comaroff, John & Comaroff, Jean (1992) *Ethnography and the Historical Imagination*, Boulder and Oxford: Westview Press.
- Crenzel, Emilio (2008) *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Da Silva Catela, Ludmila (2002) "Territorios de memoria política. Los archivos de la represión en Brasil. En Ludmila da Silva Catela & Elizabeth Jelin (comps.) *Los archivos de la represión: Documentos, memoria y verdad*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Da Silva Catela, Ludmila (2007) "Etnografía de los archivos de la represión en la Argentina". En Franco, Marina & Levín, Florencia (comps.) (2007) *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires: Paidós.
- Dirks, Nicholas (2001) "The imperial archive: colonial knowledge and colonial rules". In: Nicholas Dirks (org.) *Castes of mind: colonialism and the making of modern India*. Princeton: Princeton University Press.
- Evans-Pritchard, E. E. (1997) *Los nuer*, Barcelona: Anagrama.
- Fabian, Johannes (2002) "Virtual Archives and Ethnographic Writings". En *Current Anthropology*, 43 (5): 775-786.
- Franco, Marina & Levín, Florencia (2007) "El pasado cercano en clave historiográfica". En Franco, Marina & Levín, Florencia (comps.) (2007) *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires: Paidós.
- Gee, James Paul (1991). "Memory and Myth: A Perspective on Narrative". En Allyssa McCabe & Carole Peterson (ed.) *Developing Narrative Structure*. Hillsdale, New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates Publishers.
- Glazier, Stephen D. (1993) "Responding to the anthropologist: when the spiritual baptists of Trinidad read what I write about them". En Caroline B. Brettell (ed.) *When They Read What We Write. The politics of ethnography*. Westport: Bergin & Garvey.
- Gomes da Cunha, Olívia Maria (2004) "Tempo imperfeito: uma etnografia do arquivo". En *Mana*, 10(2): 287-322.
- Hermitte, Esther (2002) "La observación por medio de la participación". En Sergio Visacovsky & Rosana Guber (eds.) *Historia y estilos de trabajo de campo en Argentina*, Buenos Aires: Antropofagia.
- Jelin, Elizabeth (2002) "Introducción. Gestión política. Gestión administrativa y gestión histórica: ocultamientos y descubrimientos de los archivos de la represión. En Ludmila da Silva Catela & Elizabeth Jelin (comps.) *op.cit.*
- Lassiter, Luke (2005) "Collaborative Ethnography and Public Anthropology". En *Current Anthropology*, 46 (1): 83- 106.
- Malinowski, Bronislaw (1998) *Estudios de psicología primitiva*, Barcelona: Altaya.
- Motzafi-Haller, Prina (1997) "Writing Birthright: On Native Anthropologist and the Politics of Representation". En Deborah E. Reed-Danahay (ed.), *Auto/ethnography. Rewriting the Self and the Social*, Oxford: Berg.
- Parregaard, Karsten (2002) "The resonance of fieldwork. Ethnographers, informants and the creation of anthropological knowledge". En *Social Anthropology*, 10 (3): 319-334.



- Peacock, James L. & Dorothy C. Holland (1993). "The Narrated Self: Life Stories in Process". *Ethos* 21 (4), pp. 367-383.
- Robben, Antonius C. G. M. (1995) "The Politics of Truth and Emotion among Victims and Perpetrators of Violence". En Antonius C. G. M. Robben & Carolyn Nordstrom (eds.): *Fieldwork under Fire. Contemporary Studies of Violence Survival*, Berkeley: University of California Press.
- Strathern, Marilyn (1987) "The Limits of Auto-anthropology", en A. Jackson (ed.), *Anthropology at Home*, London: Routledge.
- Van Mannen, John (1988) *Tales of the Field: On Writing Ethnography*, Chicago: University of Chicago Press.
- Viola Recasens, Andreu (1997) "Prólogo". In Maurice Leenhardt, *Do Kamo. La persona y el mito en el mundo melanesio*, Barcelona: Paidós.
- Visacovsky, Sergio E. (2004) "Entre lo *evidentemente sucedido* y lo *posiblemente experimentado*: para una reconciliación entre historia, memoria social y análisis narrativo". En *Entre pasados. Revista de Historia*, XIII, nº 26: 127-145.
- Visacovsky, Sergio E., (2005) "El temor a escribir sobre historias sagradas. Memoria social, moralidad política y audiencias nativas en la Argentina", en Frederic, Sabina & Soprano, Germán (comps.), *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Editorial.
- Visacovsky, Sergio Eduardo (2007) "Historias próximas, historias lejanas. Usos sociales de las distancias temporales en la organización de las experiencias sobre el pasado: El caso del servicio de psiquiatría del *Lanús*". En Franco, Marina & Levín, Florencia (comps.) (2007) *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires: Paidós.